

PAZ CRISTIANA.

I.

Pax vobis.
Paz á vosotros.

(Luc. xxiv, 36.)

Es muy grato y muy dulce el nombre de paz. Apenas lo oye el mar agitado de ruidosas borrascas, cuando tranquilizando sus airadas olas, se aplaca y se aquieta: apenas lo oye el aire combatido de vientos contrarios, cuando tomando un bello azul, se serena y calma: apenas lo oye la tierra estremecida de subterráneas é impetuosas exhalaciones, cuando volviendo á su antigua firmeza, recupera su centro y asiento. Resuena la voz paz, y se ve en la corte al taciturno ministro alzar la cabeza llena de molestos pensamientos y arrojar del pecho un suspiro de alegría: resuena la voz paz, y se ve al cansado guerrero quitarse el fiero yelmo y limpiarse la frente del sudor bélico: resuena la voz paz, y alégrase el cielo, regocijase la tierra y todas las gentes reunidas al son de alegres instrumentos gustan de los frutos ya no disputados de sus tierras. La paz, en efecto, fué aquel amable y dulcísimo bien que trajo al mundo el Salvador, cuando vino al mundo: *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus* (Luc. II, 14). Esta mandó á sus apóstoles que la anunciasen por todas partes inmediatamente que pusieran el pié en cualquier casa. *In quamcumque domum intraveritis, primum dicite: pax huic domui* (Ibid. X, 13): ésta anuncia el mismo hoy con su propia boca á sus discipulos: *Pax vobis* (Ibid. xxiv, 36); y ésta os anuncio yo á vosotros. Paz, sí, mis amados oyentes, paz os deseo á vosotros, paz quiero en vosotros, y paz entre vosotros. *Pax vobis*. ¿Qué acogida hallará, ó qué recibimiento hareis á este vehemente y sincerísimo deseo mio? ¿Habré yo de recelar que esta paz que os anuncio, así como la paloma que salió del arca de Noé y no halló donde poner el pié, retroceda y vuelva á mí? Esto á la verdad predijo el mismo Salvador que sucedería algunas veces.

Si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra: sin autem, ad vos revertetur. Mas para que esto no me suceda á mí también, os anuncio esta paz misma en nombre de aquel Dios y Señor de la paz: *Deus pacis* (II Cor. xiii, 14). No puede negarse que tan gran bien solo puede derivarse de Dios, que tiene en su mano todos los bienes. A poner de manifiesto esta verdad se dirige hoy todo mi discurso que para mayor claridad divido en las dos proposiciones ó en los dos puntos siguientes: primero, no tiene ningún bien quien no tiene paz: segundo, no tiene paz quien no la tiene con Dios. Favorecedme un corto rato con vuestra acostumbrada atención y daré principio. A. M.

1. ¿Qué campo tan dilatado para hacer ostentación de raras y singulares doctrinas no me ofrece la primera proposición: no tiene ningún bien quien no tiene paz? En explicarla, en promoverla é ilustrarla parece á la verdad que triunfaron las más celebradas escuelas de la antigua filosofía, las cuales pusieron y constituyeron en la quietud interior y serenidad de ánimo la verdadera felicidad del hombre y aún su última bienaventuranza. ¿Con cuántos y cuán ingeniosos conceptos, con cuántos y cuán bellos pensamientos pudiera, si quisiese, adornar y hermosear mi discurso? Pero Dios me libre de que en este lugar, donde yo con el Apóstol no creo saber nada más que á Jesucristo y éste crucificado: *Non... judico me scire aliquid... nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (I Cor. II, 2), quiera hacer ostentación de más doctrinas que las que se contienen en los libros santos, á los cuales únicamente pienso atenerme. Si nos ponemos á consultar estos venerables y adorables libros, encontraremos en ellos demostradas con mucha claridad dos grandes verdades, es á saber: que puede alguno abundar en todos los demás bienes, y que solo porque le falta la paz debe reputarse miserable é infeliz; y todo al contrario, que se debe reputar á otro muy venturoso y afortunado, aunque carezca de todos los demás bienes, solo con que goce de la paz. Acreditemos con hechos ambas verdades.

Poned la vista en el hombre más feliz y más sábio de cuantos han comparecido en el mundo: en el rey Salomón, digo. Para daros en pocas palabras una idea de su felicidad, básteos aseguraros que, según lo que afirma él mismo, cuanto deseó (y cuánto no desearia un corazón no menos ancho que el dilatadísimo mar?) cuanto deseó, repito, llegó por fortuna suya á lograr. *Omnia, que desideraverunt oculi mei, non negavi eis* (Eccles. II, 10). Preseñiéndome de la extensión de su imperio, de la riqueza de sus tesoros, de la gran delicadeza de sus mesas, de la suntuosidad de su tren, del número de sus criados y

del lujo de sus equipajes, solo con que hubieseis dado un paso en su palacio, os hubierais convencido bastante de que no exagera nada. ¿Cómo os hubierais sorprendido á primera vista con la interminable altura de aquellas fábricas, con la grandiosa estructura de aquellas moles y con la inmensa extension de aquellos edificios! Un solo palacio parecia un agregado de muchas ciudades ó de muchos pueblos unidos. ¡Qué magnificencia de atrios! ¡Qué salas tan majestuosas! ¡Qué hileras de aposentos! ¡Qué arcos tan suntuosos! ¡Qué escaleras, qué columnatas, qué galerías tan magníficas! Veíase por todas partes competir el arte con la naturaleza, la simetría del dibujo con la preciosidad de la materia y el gusto en el ornato con lo excelente del ornamento. La plata no se estimaba en nada, el oro se habia expendido allí á millones, y las piedras preciosas embutidas acá y allá brillaban en todos los arquiteabes y capiteles. Pues ¡y sus jardines? ¡oh qué delicia por la amenidad del sitio, por la hermosura de las perspectivas, por lo dilatado y la distribución de las alamedas, por la variedad de las flores, de las plantas, de las fuentes y de los bosques! Los hubierais llamado encanto de los ojos, albergue de la felicidad y paraíso del placer. ¡Oh felicísimo Salomón! ¡Qué hombre tan venturoso y tan lleno de contento no serás tú? Pero busquémoslo, oyentes míos, busquémoslo. ¿Dónde estás, Salomón? ¡Válgame Dios! Metido y encerrado en su gabinete, lejos del esplendor de la corte y de los obsequios y rendimientos de los cortesanos, fastidiado de todo, y melancólico y afligido suspira y llora. Pues ¿por qué se contrista? ¿de qué se lamenta? ¿Le falta por ventura alguna cosa que pueda contribuir á esa fortuna y á su grandeza? No; pero de esto se duele, de que no faltándole nada de lo que quiere, le falta sin embargo lo que más quisiera, que es la paz del corazón. He visto y experimentado en todo vanidad y aflicción: *Vidi in omnibus vanitatem et afflictionem animi* (Ism. xi), dice con inconsolables gemidos. Está descontentísimo en medio de tantos contentos, porque en medio de tantos contentos no tiene el contento del corazón: en una palabra, carece de todos los bienes, porque no tiene paz.

¿Y sabéis, oyentes míos, cuál es la principal razón? Héla aquí. Porque sin el bien de la serenidad de ánimo y de la quietud interior no se halla el alma en estado de disfrutar ningún otro bien; y así, aunque se vea rodeada de todos, en cuanto al goce, es en realidad lo mismo que si estuviese privada de ellos. Para convenceros de esto volvamos á la sagrada Escritura, y de un palacio pasemos á otro, del de Salomón en Palestina, al de Asuero en Persia. ¡Veis aquel gran señor que tanto brilla con el oro y la púrpura, y que entre

las reverencias y adoraciones de todo el pueblo de Susa va orgulloso á la corte, y se introduce con mucho despejo á la audiencia del monarca persa, aún sin pedirle? ¿Lo conocéis? Aman es. Siendo favorito del monarca ha llegado á tanta altura, que es, despues del rey, la primera persona del reino. Llámase primer ministro ó ministro de Estado; pero en realidad es el supremo árbitro disponiendo de todo y mandando en todo. Con una seña suya todo se hace, y solo con comparecer, hincan todos la rodilla. ¿Quién no envidiaría su fortuna? ¿Quién no se tendría por muy feliz solo con la mitad de aquel gran todo que forma su felicidad? ¿Quién acaso no temeria tener demasiada? Pues á Aman le parece tan poco, que le parece nada. *Cum hæc omnia habeam, nihil me habere puto* (ESTHER, 12). Pues ¿qué insaciable ansia, direis vosotros, qué insaciable ansia de engrandecimiento es esta? ¿Nada puede parecerle una autoridad sin límites? ¿nada tanto mando? ¿nada tanto poder, tantos honores, tantas riquezas? Nada. *Nihil, nihil me habere puto*. Y ¿por qué? Sólo porque cierta inquietud interior, cierta ambición secreta le trastorna el ánimo, le turba el corazón y le quita la paz. Esta es aquella carcoma que le devora y le priva de todos sus bienes, la que no le deja gustar de nada y la que le obliga á lamentarse. *Cum hæc omnia habeam, nihil me habere puto*.

Llamo ahora quien quiera bienaventurado al que ve nadar en la abundancia y en el oro, al que ve lleno de autoridad y en grande elevación, al que es el más honrado, el más venerado y el más amado de todos los hombres. Bien sé que este es el lenguaje que corre en todo el mundo: *Beatum dixerunt populum, cui hæc sunt* (PSALM. cxliii, 43); más te engañas mucho, pueblo mío, si te crees feliz por esto, y mucho te engaña cualquiera que por esto te crea feliz. *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt* (ISAI, iii, 12). Por lo que á mí hace, yo creeré más bien dichoso á un David, que sin embargo de ser el blanco de cruelísimas persecuciones, siente inundada el alma de celestiales consuelos á proporción de sus trabajos: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo: consolationis tue iustificaverunt animam meam* (PSALM. cxvii, 19). Dichoso á un Job, que aunque lleno de llagas en un estercolero, puede exclamar tranquilamente: Bendito sea el nombre del Señor: *Sit nomen Domini benedictum* (JOB, i, 21). Dichoso á los tres niños de Babilonia condenados al fuego, que aún en medio de las llamas pueden componer cánticos en alabanza del Señor y exclamar: Bendicid al Señor todas las obras del Señor: *Benedicite omnia opera Domini Domino* (DAN., iii, 57). Dichoso á un Pablo, no obstante estar

cargado de cadenas, pues en lo más profundo y oscuro de su torre puede alegremente asegurar, que está lleno de gozo en medio de sus muchas tribulaciones: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (II Cor., vi, 4). Si; á esos los tengo por felices, porque si veo que son infelicitimos todos los demás, aunque colimados de todos los demás bienes, solo porque no gozan de la paz, con mucha razón reputaré por dichosos y afortunados á los que se hallan en posesion de ella, aunque los vea privados de todos los demás bienes. Así comprueban tan bien los unos y los otros mi proposicion, de que no tiene ningun bien quien carece de paz.

2. Añadamos ahora, que no tiene paz quien no la tiene con Dios. En efecto, decia san Agustin al Señor: vos nos habeis criado únicamente para vos, y lejos de vos no es posible que halle descanso ni alegría nuestro corazon: *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*. Lo mismo nos sucede á nosotros que sucede á todas las demás cosas, las cuales distantes del término á que por natural instinto aspiran, están siempre agitadas é inquietas. Mirad aquel rio que corriendo incansablemente dia y noche y estrechándose onda con onda, no se para, ni descansa y parece que dice murmurando: al mar, al mar: mirad aquel peñasco que arrancado de la fragosa cumbre del monte se precipita violentamente á lo hondo, y parece que dice rodando: al centro, al centro. Centro de nuestro corazon y término último y esencial de su bienaventuranza es solo Dios. En estar pues unido á Dios, al cual se dirige y aspira naturalmente, puede tan solo encontrar reposo y quietud nuestro corazon. Y ¿de qué modo, cristianos, puede hacerse aqui en la tierra esta union del corazon humano con Dios? Pensadlo y volvedlo á pensar cuanto querais, y vereis como solamente puede hacerse con una espontánea y entera subordinacion á la voluntad de Dios y á sus divinos mandatos. Y ¿sabeis qué se sigue de esto? Se sigue que por lo mismo que vosotros, pecadores, rehusais estar subordinados á Dios, que por lo mismo que no quereis obedecer sus leyes, que por lo mismo que gustais de una vida independiente, libre y disoluta, es imposible que goceis nunca de paz: *Non est pax impiis, dicit Dominus* (Isai., XLVIII, 22). En vez de ésta tendreis remordimientos, amarguras é inquietudes que turbarán vuestro espíritu. Una prueba convincente y palpable de esto tenemos en Cain. Jamás traigo á la memoria tan fatal suceso sin estremecermé y horrorizarme. Apenas hubo Cain cometido el bárbaro fratricidio, cuando empezó á recelar que alguien le quitase la vida, como se la habia él quitado á su hermano Abel. «¡Oh Señor! exclamó, cualquiera que me encuen-

tre, me matará:» *Omnis... qui invenerit me, occidit me* (Gen., iv, 14.)

No, Cain, respondió Dios, no temas eso: te doy mi palabra de que nadie le hará mal: *Nequaquam ita fiet* (Ibid., 15). Asegurado Cain con semejante promesa, parece que habia de estar alegre y tranquilo; mas, sin embargo, helo aqui todavia errante y vagabundo huir incesantemente de uno á otro país: *Habitabit profugus in terra* (Ibid., 16); y en su fuga, volver atrás á cada paso sus tímidos ojos, palpar y temblar á cada movimiento de una hoja y á cada silbido de aire, llevando siempre en su melancólico y pálido rostro, en su espacado y enredado cabello, en su biceo y torcido mirar, impreso y estampado vivamente su fatal espanto. Pues ¿qué temes, miserable? ¿Por qué te asustas, si vives bajo el amparo de un Dios que se hace tu escudo para defenderte? ¿Qué temes? Se teme á sí mismo, teme su maldad, y huye el desventurado, y procura huir no solo de los otros, sino hasta de sí mismo. Siempre se ve rodeado de la ensangrentada y manchada sombra de su muerto hermano que le mira con espantosos ojos, que le amenaza y aún le convida á saciarse en su sangre. Siempre ve, quiero decir, delante de su pecado, como le amenazó el Señor que habia de sucederle. *Si... male... egeris, statim in foribus peccatum aderit* (Ibid., 7). Esto es lo que le tiene de continuo con tanta agitacion y tanto miedo. Mi pecado, hé aqui la respuesta que pudiera dar con las palabras de David, mi pecado está contra mí siempre: *Peccatum meum contra me est semper* (Ps. 1, 5). Haced la comparacion ó coitejo con vosotros mismos pecadores. Cain es el original y vosotros sois la copia. Desengañaos al fin: el contento y el pecado no pudieron estar nunca juntos. Vosotros, desde vuestros juveniles años, gustasteis de dar al pecado albergue en vuestro seno, colocasteis al pecado en medio del alma, y en vuestras perveras y malvadas costumbres introdujisteis el pecado hasta la médula de los huesos. No, no esperéis que estando desconcertados, alterados y descompuestos vuestros huesos con vuestros pecados, entre nunca á componerlos y tranquilizarlos la paz, hasta que éstos salgan. *Non est pax ossibus meis a facie peccatorum meorum* (PSALM. XXXVII, 4). ¡Pobres corazones! Me compadezco verdaderamente de vosotros. Os veo continuamente correr ansiosos por acá y por allá, y dar vueltas por mil diversos caminos en busca de la verdadera paz, y os veo asimismo andar tanto más lejos de ella cuanto más cerca pensais tenerla. Los caminos por donde vosotros andais, no son caminos que guian á ella. Es necesario que os persuadais á que no son caminos para encontrar verdadera paz el divertimento y el placer, la

conversacion y el teatro, la compañía de los discolos y la satisfaccion de las pasiones; pues, por el contrario, estos son los caminos de la afliccion, del dolor y del llanto. Retroceded, pues, amados pecadores, y mudad de camino, si quereis paz. El santo temor de Dios, la humilde subordinacion á sus divinos preceptos, el testimonio de una buena conciencia, la mortificacion de los propios apetitos, la fuga del pecado y de la ocasion del pecado, son los únicos y seguros caminos por donde se puede llegar á conseguirla; pero si vosotros ignorais enteramente estos caminos, si no quereis andar por ellos y gustais de estar siempre á oscuras, no os conseis más inútilmente, pues siempre se podrá decir de vosotros, y de los que se asemejen á vosotros, que no conocieron cual era el camino de la paz.

Parece algunas veces, direis vosotros, que á fuerza de fatigarse y afanarse han llegado tambien los pecadores á encontrar la deseada paz. Y ¿no los veis con un rostro sereno, con la risa en los labios, y con dichos agudos y chanzas, no solo pasar la vida alegremente, sino tambien tener divertida y contenta la compañía? A la verdad, el profeta David notó esto mismo, y se conmovió de tal manera, que prorumpió con un fervoroso enagenamiento de celo: Me he alterado al ver la paz y prosperidad de los pecadores: *Zelavi super iniquos, pacem peccatorum videns* (PSALM. LXXII, 5). Esto es verdad, oyentes míos; pero es menester que reflexioneis. El santo profeta dice haberse alterado así con solo ver la paz de los pecadores, no porque así mismo y en realidad gozase de ella; y la razon es, porque su paz es justamente una paz que se ve y nada más, una paz solamente exterior, no una verdadera paz interna y que resida en el corazon. Muestran por fuera señales de serenidad y bonanza, mas por dentro de ellos, si damos crédito á Isaias, hay una terrible borrasca. *Impii... quasi mare fervens* (ISAÍ. LVII, 20).

Se podria encontrar muy bien esta falsa y simulada paz en el sueño de que en medio de la tempestad gozaba Jonás fugitivo de Dios. Trasladaos, oyentes míos, con el pensamiento al irritado y ensoberbecido mar de Tarso. Mirad á lo lejos entre la claridad y oscuridad de un cielo tenebroso y lluvioso que es juguete de las airadas olas una infeliz nave. ¡Oh miserables navegantes! ¡Qué esfuerzos no hacen todos por libertarse del naufragio! ¡Cómo corren acá y allá y de popa á proa, cómo sudan, cómo gimen en los remos, en el timon y en las velas, cómo piden auxilio y cómo imploran misericordia! ¡Perdon, cielos! ¡Piedad, mar! Y tú, furioso viento, ¡piedad! Pero ¿veis aquel pasajero que, sin embargo de todo esto, duerme profundamente en lo hondo de la nave? Pues es el mismo desobediente

profeta. ¡Oh corazon intrépido! ¿Cómo con tanto estrépido de truenos, con tanto estruendo de olas, con tanto gritar de los pilotos y marineros, con tanto destrozo como el que hace en el buque la tormenta, puede dormir? *Jonas... dormiebat sopori gravi* (GEN. I, 5). ¿Quién no diria que está tranquilo en medio de una apacible calma? Cualquiera lo diria, pero no es así. Parece estar en calma y se halla en medio de una tempestad.

Este mismo es el caso, cristianos, de los hombres perversos y desobedientes á Dios. No hay quien al mirarlos no se engañe fácilmente, reputándolos por los hombres más felices y alegres del mundo. Sus ojos vivos, su rostro risueño, su trato despejado y su lenguaje cortés, son indicios de la más serena y tranquila bonanza; pero semejante bonanza está toda en el semblante y no pasa al corazon. En el corazon pues hemos de poner la vista, en el corazon. ¿Qué mar hay tan borrascoso y agitado que se le iguale? Se levantan continuamente como vientos impetuosos para alterarlo ó inquietarlo pasiones desordenadas, descontentos, deseos, odios, rencores, envidias, enfados, desconfianzas y celos. Todo está lleno de inquietudes, miedos y temores. Este es el corazon que llevan al baile, el que llevan al juego, el que llevan al teatro, y este es el corazon con que se levantan por la mañana y se acuestan por la noche. Y ¿es posible que con tal corazon vivan contentos? Por más esfuerzos que hagais, pecadores, á fin de parecerme alegres, bien sé que no lo estais. Para estarlo en realidad se requiere una paz que screne el espíritu y no que solamente se muestre y se deje ver en el semblante: una paz que supere todos los sentidos, y que por consiguiente no pueda provenir sino de Dios: *Pax Dei que exsuperat omnem sensum* (PHIL. IV, 7). Y una paz que solo puede provenir de Dios, ¿cómo podrá gozarla quien no la tiene con Dios? Con Dios pues, amados fieles, conviene tenerla para tener paz: esto es, para tener un bien que por sí solo equivale á todos los demás bienes, y sin el cual no hay ningún bien. La paz es la rica herencia que da Dios á los justos y únicamente á los justos: *Pax consolationis et salutis in tabernaculis justorum* (PSALM. CXVII, 15). Cualquiera que no lo sea, bien podrá deseársela con ansia y suspirar por ella, mas no podrá tenerla. Y ¿es posible que aún cuando por innumerables motivos debiésemos resolvernó á no separarnos más de nuestro buen Dios, no nos resolvamos al fin siquiera por el motivo de que, lejos de él, siempre buscaremos en vano contento y paz? Ea pues, diga por último cada uno: Yo hallo mi bien en estar unido con Dios: *Mihi autem adherere Deo bonum est* (PSALM. LXXX, 28). Este finalmente es el año, este es el día y esta es la hora en que

me determino y me resuelvo á ello con las mayores veras. No más abandonar á Dios, no más ofender á Dios, no más alejarme de Dios. Con tan bello propósito, mis amados oyentes, la paz de Dios que excede á todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros sentimientos. *Pax Dei que exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras* (PHILIP. IV, 7). Así sea.

PAZ CRISTIANA.

II.

Pax Dei custodiat corda vestra, et intelligentias vestras, in Christo Jesu.

La paz de Dios sea la guardia de vuestros corazones, y de vuestros sentimientos, en Jesucristo.

(PHILIP. IV, 7.)

La paz es el inestimable tesoro que nos dejó Jesucristo; y esta paz es fruto, como dice el apóstol Santiago, de la santidad y de la virtud; *Fructus autem justitie in pace seminatur* (JAC. III, 18). Cualquiera paz distinta de ésta, es fantástica y engañosa. Para ser sólida y verdadera, ha de nacer del principio de la santidad y de la gracia. Hablemos de esta paz espiritual; de esta paz de Dios, que excede todo sentido; de esta paz, que es la que deseaba S. Pablo á los filipenses: *Et pax Dei, que exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu* (PHILIP. IV, 7). Hermanos míos, les decia, el mayor deseo que me inspira Dios para vuestro bien, es de que la paz que él mismo os ha dado, sea la que guarde vuestros espíritus y corazones. Esto mismo es lo que el día de hoy deseo y pido para vosotros. Pero ¿por qué desea el Apóstol esta duplicada ventura á los filipenses, una en orden á los entendimientos, y otra en orden á los corazones? La razon es porque para establecer una paz perfecta en el hombre, es necesario introducirla igualmente en estas dos potencias de su alma, en el entendimiento y en el corazon. La paz del corazon necesariamente supone la del entendimiento, y la del entendimiento no puede ser constante sin la del corazon. Luego es necesario pacificar el entendimiento del hombre, desterrando de él todas

las inquietudes que puede tener en el exámen de la verdad; y pacificar su corazon, arrancando de él todos los deseos que le atormentan cuando solicita su quietud. Mas ¿por qué camino puede el hombre tener esperanza de conseguirlas? Nosotros no podemos esperar que nuestro entendimiento esté jamás sosegado, mientras dejamos que nuestra razon le gobierne: ni tenemos que esperar que nuestro corazon esté jamás satisfecho, mientras se dejare dominar de sus pasiones. Es necesario que la fe gobierne nuestro entendimiento, si queremos que tenga quietud. Es necesario que reine en nuestro corazon la ley divina, si queremos que goce de una sólida felicidad. Dos verdades importantes en que se dividirá este discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El saber por qué habiendo Dios hecho al hombre racional, en el punto más esencial, que es el de la religion, no quiso que se gobernase por la razon sino por la fe, es una dificultad que trataron los padres de la Iglesia con no menor sutileza que eficacia. S. Agustin dice, que Dios lo dispuso así por el interés de su propia gloria: porque así como un señor no quiere que los que le sirven se metan en averiguar sus procederes, especialmente en los negocios más secretos y de mayor importancia de su casa, del mismo modo es derecho de la grandeza de Dios, que el hombre, que es un puro nada, no arguya con Dios sobre lo más oculto é incomprendible de su providencia y sobre el orden de sus juicios. Así se explica S. Agustin. Y á la verdad es preciso confesar, que la obediencia que por la fe rendimos á Dios, es un vasallaje debido á la infinita soberanía de su Señor. Pero si toca á la honra y gloria de Dios que el hombre se gobierne por la fe, yo digo que no cede ménos en provecho del hombre el conducirse por este camino: ya porque merece el hombre más siguiendo la conducta de la fe que gobernándose por la razon; ya porque sin la fe ignoraríamos muchos misterios y verdades que la razon no alcanza; ya, en fin, porque hay pocos entendimientos capaces de adquirir con la razon sola todo el conocimiento de Dios que hemos menester.

Dadme un hombre resuelto á no creer sino lo que quiere y á no rendirse á la fe jamás; ¿en qué estribará para adquirir aquella disposicion que tiene quieto y sosegado el entendimiento? O vivirá en una total indiferencia en materia de religion, como los que no tienen fe; ó hará para sí una religion particular segun las luces de su razon, como los filósofos y sábios del mundo. Si vive en una total indiferencia en materia de religion, bien sabeis la infelicidad de este estado y hasta el menor rayo de luz para conocerle. Pues ¿qué horror es ese?

Llegar á ser un hombre insensible á las mismas cosas que son inseparables de su sér y de su condicion. Un hombre que no sabe lo que es, ni porque lo es; que no piensa en lo que ha de ser y en lo que ha de venir á parar; que no creyendo nada, es incapaz de toda esperanza, y no teniendo seguridad de nada lo debe necesariamente temer todo; abandona al acaso su felicidad, ó su infelicidad eterna: de suerte, que si hay felicidad eterna, la renuncia; y si hay infelicidad eterna, se expone evidentemente á ella; estando á peligro de incurrir en ésta, y de privarse de todo el consuelo de aquélla, no conoce á Dios, ni quiere aplicarse á buscarle, ó por mejor decir, lo quiere ignorar, cuando todas las cosas le fuerzan á conocerle. Pues estas son las señas de un hombre perdido que no tiene religion. Y pregunto, ¿puede un hombre hallar quietud sólida en este estado? ¿No basta ser racional para que todo esto le turbe, le sobresalte y le haga estremecer? Pero, considerémosle en el otro estado, en que hace una particular religion para sí segun las luces de su entendimiento; esto es, una religion fundada solamente en la luz que le dió la naturaleza. En ese estado ¿puede hallar el entendimiento del hombre una quietud verdadera? creo firmemente que no puede: porque un hombre sábio, por poco que se conozca á sí mismo, está convencido de tres cosas en orden á su razon: lo primero, que está á peligro de errar; lo segundo, que es naturalmente curioso; y últimamente, que la mayor parte de sus conocimientos, cuando mucho, son unas opiniones puras, que aún cuando le proponen la verdad, le dejan siempre en la incertidumbre. Pues estas tres cosas son absolutamente incompatibles con la quietud del entendimiento, y lo habeis de ver vosotros mismos claramente.

Si soy sábio no puedo establecer mi religion sobre mi razon sola: porque sé que está á riesgo de errar mil veces, y especialmente en lo que pertenece á la religion. Sé que las historias de todos los siglos me enseñan, que en ninguna cosa han sido más monstruosos los desvarios en que han caido los entendimientos de los hombres, que en lo que pertenece al culto de la Divinidad. Sé que se puede justificar fácilmente por la tradicion de la Iglesia, que no ha habido herejia tan extravagante, que no haya hallado parciales que la reciban, y la hayan aprobado y gustado de ella. Últimamente; sé que siempre que el entendimiento del hombre ha salido de los términos que le señala la fe, y querido descubrir nuevos rumbos en el campo de la religion, todas sus diligencias no han servido sino para embarazarle y confundirle con los errores más groseros.

Pues ¿qué fundamento tengo, sabiendo todo esto, para poder fiarme de mi razon, y remitirme á su juicio en los puntos de mi religion

y de mi fe, sino engañándome á mí mismo, y preciándome de tener una razon más perspicaz, más recta y más infalible que todos los hombres del mundo, lo cual fuera un exceso de presuncion y una soberbia insoportable? Luego es necesario, por corto que sea mi entendimiento, que en materia de religion tenga mi razon por sospechosa, ó por mejor decir, que de ningún modo la siga. Pues por el mismo caso no puede quietar mi entendimiento, ni mantenerle en aquella santa seguridad que es causa de su sosiego. Añadid á esto, que es carácter de nuestro entendimiento, ser incierto, inconstante y fulto de resolucion en la mayor parte de sus juicios, que es otra calidad directamente contraria á la quietud que solicita. Es decir, que por un conocimiento cierto de que puede asegurarnos nuestra razon, hay mil de que no puede asegurarnos. Hay aún mucho más que eso: lo que hoy suponemos como cierto, mañana se nos hace dudoso: y despues de haber pensado bien en ello, llegamos absolutamente á tenerlo por falso.

Además, el hombre es curioso; y con la curiosidad ¿podríamos tener esperanza de dar paz á nuestro entendimiento? No es posible; porque el discurrir es buscar; y buscar siempre, es no estar jamás contento: luego, para poner nuestro entendimiento en la posesion de aquella paz bienaventurada á que aspira, es necesaria alguna cosa firme que detenga su curiosidad, y la estreche, poniéndola raya de donde no pueda pasar, alguna cosa cierta que remedie sus inconstancias, y alguna cosa infalible que corrija sus errores: y estas son las tres calidades de la fe; porque ciñe vuestra razon, reduciéndola á solo este principio, Dios lo ha dicho, y Jesucristo, que es la sabiduría de Dios, es el que lo declaró; y no permitiéndole jamás que salga de esta raya, cesan todas sus inquietudes.

No es esto todo: la fe remedia sus inconstancias, lo cual no es menos evidente, porque es esencial á la fe divina tener dispuesto nuestro entendimiento de tal suerte, que primero renunciaríamos toda la luz de la naturaleza y todo el conocimiento de los sentidos, que dejar de creer lo que creemos. Porque ser fiel; qué quiere decir, sino tener esta disposicion? Pues lo que tiene de esta suerte fijo nuestro entendimiento es lo que causa la paz en él. En fin, la fe por especial privilegio de la gracia propio suyo, asegura la razon del hombre contra el error y la mentira, porque es tan infalible como Dios. No solamente es infalible en sí misma, por estar fundada inmediatamente en la autoridad y revelacion divina, sino que lo es tambien respecto de nosotros, pues nos aplica esta revelacion por medio de unas reglas tan santas, que si por imposible nos engañáramos, fueran á cuenta del mismo Dios nuestros yerros.

Concluyamos, pues, con aquellas palabras del Salvador: *Beati qui non viderunt, et crediderunt* (JOANN. XX, 29). ¡Dichosos los que creen, y creen sin haber visto! Dichosos los que creen! no solamente porque corrigen todas las imperfecciones de la razon sujetándola á la fe; no solamente porque en lugar de una razon flaca y débil que renuncian, entran en la participacion de las luces puras del entendimiento divino; sino porque cautivando su entendimiento en obsequio de la fe, establecen en él una paz inalterable. Y ¡dichosos los que creen sin haber visto! porque cuanto ménos necesitan de ver para creer, tanto más sólida y constante es la paz de sus entendimientos. No imaginemos que los apóstoles fueron más privilegiados que nosotros, porque vieron al Hijo de Dios en la tierra y fueron testigos de sus milagros. No es el ver los milagros lo que le dá al entendimiento esta paz y tranquilidad de que hablamos, sino el rendimiento sencillo á la fe. Los apóstoles habian visto todos los milagros que Jesucristo habia hecho en su vida; y despues de eso, no estuvieron ménos turbados al tiempo de su pasion. Despues de su resurreccion misma, aunque se les apareció tantas veces, no estabai sus entendimientos del todo asegurados, y se vió obligado Jesucristo á reprenderlos de su incredulidad. Lo que los confirmó, fué el don de la fe y de sumision, que les trajo del cielo el Espíritu Santo, cuando descendió sobre ellos visiblemente. Pues este espíritu de sumision le puedo yo tener como ellos, y aún más que ellos sin haber visto: porque es mayor sumision creer antes de ver, que creer despues de haber visto. Con que puedo ser más bienaventurado en el ejercicio de mi fe, que los apóstoles mismos. ¡Ay! amados oyentes míos; ¡qué sosiego fuera el nuestro, si estuviéramos bien persuadidos de esta verdad! ¡Qué paz tuviéramos, si hubiéramos sacrificado á Dios todas estas vanas curiosidades en que nos ocupamos; estas ansias ardientes de saber y cavar en algunas materias, que ha querido Dios que estén ocultas á nuestra vista! Es, pues, necesaria la sumision á la fe para la paz del entendimiento, y la sumision á la ley es necesaria para poseer la paz del corazon.

2. Es imposible resistir á Dios y tener paz; pero es tambien de algun modo imposible que no, tenga paz quien está perfectamente rendido á Dios. Siendo Dios el sumo bien del hombre, su bienaventuranza, su fin último, y por consiguiente centro de su corazon, es imposible que tenga jamás el corazon del hombre quietud, sino en cuanto estuviere unido con Dios. Pues esta union del corazon humano con Dios no puede hacerse en esta vida sino por medio de una sujecion voluntaria á la ley de Dios. Cuando un elemento está fuera de su cen-

tro, aunque esté en otro lugar al parecer más gustoso, no se detiene en él sino con una suma violencia. Cuando alguna parte del cuerpo humano está fuera de su lugar, por más que hagais para su alivio, mientras dura esta dislocacion, padece continuos dolores. Pues tal es el estado del corazon del hombre, cuando por la culpa se ha separado de Dios. Era Dios su centro, y le ha dejado: su obligacion era estar rendido á Dios, y quiso rebelarse contra su soberanía: y en este estado, aunque le sobren todos los gustos del mundo, no tendrá jamás tranquilidad ni sosiego.

Hablando Salomon de los pecadores en el libro de la Sabiduría, le decia á Dios (SAP. XI, 48 ET 49): os era muy fácil, Señor, enviarles unos monstruos que los tragasen, y podia vuestra mano omnipotente criar nuevas especies de criaturas para acabar con ellos, siendo ministros de vuestra indignacion. Pero como al castigar á los hombres no intentais precisamente dar á conocer vuestra grandeza omnipotente, por esto os contentais con hacer que experimenten los efectos de vuestra justicia soberana, y no queréis darles otro castigo sino hacer que su mismo delito sea su tormento, no habiendo menester más que dejarlos abandonados á sus pasiones para conseguir de ellos una venganza cumplida. Esta es la idea que el Espíritu Santo nos dá del estado de los pecadores; de este modo nos los representa como unos hombres dejados á sí mismos, que se persiguen y se rebelan contra sí mismos despues que se rebelaron contra Dios. Y á la verdad, la pena más infalible, y que más de cerca sigue al pecado, es el remordimiento con que despedaza la conciencia.

No es menester más que consultar con la experiencia para quedar sensiblemente convencidos de esta verdad. ¿Vemos acaso, que sea verdadera la paz que gozan los pecadores del siglo? Por ventura tienen las apariencias, pero ¿tienen el ser verdadero de la paz? ¿Qué vida es la suya? Una esclavitud en que gimen debajo de la tiranía de sus pasiones y de los vicios que los dominan; una perpétua dependencia del mundo y de sus leyes; una sujecion servil á las criaturas, quiero decir, al capricho, á la vanidad, á la inconstancia y á la misma infidelidad. ¿Qué vida es la suya? Una série de delitos, que los hacen no ménos infelices que delincuentes: *Contritio, et infelicitas in vis eorum, et viam pacis non cognoverunt* (PSALM. XIII, 5). No hay, dice el profeta rey, sino infelicidad y afliccion en sus caminos: pues ¿cómo han de tener paz, si están tan lejos de conseguirla, que ni saben por que camino se ha de buscar, ni han llegado á conocerla?

Pero direis, que estos pecadores del siglo tienen muchas veces todos

aquellos bienes en que consiste la felicidad de los hombres en esta vida: los vemos ricos, poderosos y elevados: el mundo los honra, y no parecen que se la hecho sinó para ellos. Está bien, sea así, tengan todo lo que os imagináis: en nada de esto consiste su felicidad.

Pax multa diligentibus legem tuam (PSALM. CXVIII, 163). Dios mio, decía David; la paz interior es para los que aman vuestra ley; y ni es razon, ni aún posible es que la tengan otros sinó ellos; porque siendo vuestra ley el principio de que depende que todas las cosas estén bien ordenadas, es por el mismo caso esencialmente principio de la paz. Paz firme por parte de Dios, por parte del prójimo, y por nuestra parte.

Paz firme por parte de Dios; porque, ¿qué me puede suceder que turbe mi paz con Dios, cuando me sujeto á su ley? Si me envía aflicciones, las recibo como pruebas que quiere hacer de mi fidelidad: si hace que se levanten persecuciones contra mí, le doy gracias, y en lugar de quejarme hago de ellas, como cristiano, motivo de alegría: si nada de lo que intento me sale bien, le adoro, creyendo que lo que dispone me está mejor que el suceso más favorable del mundo. En una palabra, no quiero más de lo que quiere, y del modo y con las circunstancias que quiere. En todas las cosas su voluntad es la mía, y como su voluntad está en una paz eterna, conformando con ella la mía, logro la paz de Dios, ó por mejor decir, el mismo Dios, segun la sentencia de S. Pablo, es mi paz: *Ipse enim est pax nostra* (EPIES. II, 14).

Paz firme de parte del prójimo; porque una vez que estoy sujeto y obediente á la ley de Dios, falta en mí todo lo que altera la paz entre los hombres: quiero decir, ya no hay en mí aquellos movimientos de ira, aquellas envidias, aquellas sospechas, aquellos odios, aquellos temores del corazón, aquellas altiveces y desazones, que son como la semilla de la división y discordia. Mantengo la paz con todo el mundo, aún con los que no quieren mantenerla: *Cum his, qui oderunt pacem, eram pacificus* (PSALM. CXX, 7); á ninguno ofendo, á nadie juzgo, de nadie quiero vengarme; porque la ley de Dios que sigo in-violablemente, me prohibe cuantas injurias, venganzas y juicios pudiera hacer contra los demás, y pudieran ser motivo de que ellos se volviesen contra mí.

Paz firme por mi parte tambien. Porque este rendimiento á la ley de Dios hace calmar toda la furia de mis pasiones, ó por lo ménos hace que estén sujetas á la razon; y estándolo, no inquietan mi corazón: la ira no me arrebatá, la tristeza no me oprime; obedezco á Dios, y obediéndole, todas mis pasiones se rinden con mi obediencia,

reina Dios en mí, y con una consecuencia necesaria hace que sea yo rey de mí mismo. Este es el feliz estado de los justos, y aún de los pecadores mismos cuando han hallado la paz de Dios, reconciliándose con su Majestad. No hablo de un S. Pablo, que desafiaba á todas las criaturas sobre si podrían inquietarle en la posesion de esta paz. No hablo de los mártires, que con un milagro de la gracia, en medio de los tormentos sensiblemente experimentaban su dulzura; hablo de los cristianos que corresponden fielmente á Dios, y son constantes en su amor por el ejercicio de las virtudes.

Amados oyentes, unámonos con nuestro Dios; busquemos en él nuestra paz, pues no la hallaremos en otra parte. Demasiadamente nos enseña esta verdad la experiencia, y debemos temer que nuestra experiencia sea causa de nuestra condenacion. Pues si esta paz no está en el mundo, ni el mundo nos la puede dar, no porfiemos en querer hallarla en él. Busquémosla donde está, y donde Dios la ha puesto; pues no la ha puesto sinó en sí mismo, ni ha podido ponerla en otra parte. Busquémosla en una total sumision á la fe y á la ley. Si seguimos estas dos reglas, á un mismo tiempo conseguiremos la paz del entendimiento y la del corazón. Y no solamente conseguiremos la paz, sinó la abundancia de la paz en esta vida, y la felicidad eterna en la otra.

DIVISIONES.

PAZ.—Para devolver la paz á nuestra alma hay que reconciliarse con Dios.

Para conservar la paz de nuestra alma hay que hacer la guerra á nuestro cuerpo.

PAZ.—Es Jesucristo quien nos hace desear la paz.

Es Jesucristo quien nos concede la paz.

Es Jesucristo mismo quien es nuestra paz.

PAZ.—El mundo ciega al pecador para darle la paz.

El Salvador ilumina al cristiano para darle la paz.

PAZ.—La paz que nos da el Evangelio no puede ser turbada por la incertidumbre,

La paz que nos da la inocencia no puede ser turbada por la calumnia.

La paz que nos da la esperanza no puede ser turbada por la persecucion.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Quis restitit ei (Deo), et pacem habuit? Job. ix, 4.

Viam pacis non cognoverunt. Psalm. xiii, 5.

Orietur in diebus ejus justitia, et abundantia pacis. Idem LXXI, 7.

Inquire pacem, et persequere eam. Idem XXXII, 45.

Pax multa diligentibus legem tuam. Idem CXVII, 465.

Secura mens quasi juge convivium. Prov. xv, 43.

Et erit opus justitiæ pax. Isai. xxxii, 47.

Non est pax impiis, dicit Dominus. Idem XLVIII, 22.

Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Matth. v, 9.

Pacem relinquo vobis, pacem meam de vobis: non quomodo mundus dat, ego do vobis. Joann. xiv, 27.

Hæc locutus sum vobis, ut in me pacem habeatis. Idem XVI, 33.

Non est regnum Dei escæ, et potus: sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu sancto. Rom. xiv, 47.

Deus pacis sit cum omnibus vobis. Idem XV, 33.

Pacem habete, et Deus faciat erit vobiscum. II Cor. xiii, 41.

¿Quién jamás le resistió (á Dios), que quedase en paz?

Nunca conocieron el sendero de la paz.

Florecerá en sus días la justicia, y la abundancia de la paz.

Busca la paz, y empuñate en alcanzarla.

Gozan de suma paz los amadores de tu ley.

La buena conciencia es como un banquete continuo.

Y la obra ó fruto de la justicia será la paz.

Para los ímpios no hay paz, dice el Señor.

Bienaventurados los pacíficos; porque ellos serán llamados hijos de Dios.

La paz os dejo, la paz mía os doy: no os la doy yo, como la da el mundo.

Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis en mí la paz.

No consiste el reino de Dios en el comer, ni en el beber esto ó aquello; sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu santo.

El Dios de la paz sea con todos vosotros.

Vivid en paz, y el Dios de la paz será con vosotros.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Dios es llamado y es Dios de paz, porque es una de las virtudes

que exige con mayor empeño de sus criaturas. Cuando el rey David quiso edificar un templo á Dios, le fué revelado que no sería él quien lo edificase, sino su hijo Salomon. La razon que dan de esto los intérpretes sagrados es, porque David habia pasado toda su vida entre el estrépito de las armas y habia derramado mucha sangre, aunque enemiga. Su hijo Salomon, llamado el Pacifico, fué elegido para levantar aquel admirable edificio (II Reg. 7).

La paz no es verdadera, si no es el fruto de nuestra rectitud y santidad. La Escritura nos pone un ejemplo para confirmacion de esta verdad en el sumo sacerdote Melquisedec, á quien llama rey de paz y de justicia.

En Moisés y en el pueblo de Israel tenemos una prueba de la paz y tranquilidad de que gozan los justos al lado de la angustia que oprime á los pecadores. Este caudillo miraba con una paz inalterable la angustia de Faraon y de su ejército, á quienes envolvieron las olas de un mar vengador, y daba gracias á Dios con un fervoroso cántico de la visible proteccion que les habia dispensado (Exod. 44).

Esta paz verdadera es la que nos da Jesucristo, enando vivimos en su gracia; paz que el mismo distingue de la del mundo cuando dice á sus apóstoles: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis, non quomodo mundus dat ego do vobis* (JOANN. 14).

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

A te pacem incipe, ut cum fueris ipse pacificus, aliis pacem feras. S. Ambros., lib. 20, epist. 82.

Propterea dant sibi pacem (impii), ut sine molestia mundo fruuntur. S. August. in Joann.

Tale bonum est bonum pacis, ut in rebus creatis nihil gratiosius soleat audiri, nihil delectabilius concupisci, et nihil utilius possideri. Idem, lib. 19 de Civ. Dei, cap. 11.

Præce mentes tumultus in-

Comienza por vivir en paz contigo mismo, y cuando lo hayas alcanzado, podrás traer la paz á los otros.

Los ímpios se crean una falsa paz para gozar de todo lo del mundo sin remordimiento.

La paz es un bien tan grande, que nada se oye en este mundo de más placentero, nada se busca con mayor esfuerzo, nada se posee de más provechoso.

Las almas culpables nunca de-

tra se versare non cessant, etiam cum vacant, et quomvis nihil faciunt exterius, apud se tamen sub pondere inquietis quietis laborant. S. Greg., lib. 5, Moral. cap. 6.

Hæc est vera pax, à Dei voluntate non dividi, et in his, quæ solius Dei sunt, delectari. S. Leo., serm. 9 de Nativ.

[Jan de vivir en un tumulto interior; pues aunque exteriormente descansan, interiormente gimen bajo el peso de una inquieta zozobra.

La verdadera paz consiste en apartarse de la voluntad de Dios, y en deleitarse en todas sus obras.

PECADO.

EN GENERAL.

Quasi à facte colubri fuge peccata.
Como de la vista de una serpiente, así huye del pecado.

(ECCLES. XXI, 2.)

El Hijo de Dios descendió del cielo, pasó por espacio de treinta y tres años una vida la más dura y la más penosa, derramó su sangre adorable, y murió en una cruz para destruir el pecado. Para evitar que volviésemos á hacernos culpables, nos prometió su ayuda y su asistencia, abrió entre nosotros siete fuentes abundantes de gracias, y nos prometió, que *todo cuanto pidiéramos en su nombre al Padre celestial nos será otorgado.* Sin embargo, el pecado, ese monstruo horrible, subsiste aún para declarar la guerra al Señor, para renovar la muerte de Jesucristo, y perder á los hombres, rompiendo su union con Dios. El pecado reina, y la iniquidad parece que ha inundado toda la tierra. Jamás se han separado los hombres tanto de las máximas de la vida cristiana, que consiste en evitar el mal y hacer el bien. A ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles, vamos á hablaros de ese mal espantoso que llamamos pecado, no tanto para daros á conocer su naturaleza, cuanto para inspiraros horror á él. A. M.

4. ¿Qué cosa es el pecado? El pecado, dice S. Agustín, es un pensamiento, una palabra ó una acción contraria á la ley de Dios; ó, como dice S. Ambrosio, el pecado es una transgresion de los divinos mandamientos, una violacion voluntaria de la ley del Señor.

«Es justo, decia en otro tiempo un rey impío, abatido bajo los golpes de la divina justicia; es justo que el hombre se someta á Dios.» La criatura debe ofrecerle diariamente el homenaje de su obediencia, y procurar continuamente cumplir su adorable voluntad. Así es, que Dios ordena, y todo cuanto existe se apresura á tributarle homenajes, todo está sometido á él. Mas, me equivoco; hay un sér que quiere salir de su estado de dependencia, un siervo que quiere sustraerse á la autoridad de su señor, un hijo que no conoce ya á su padre. Una voz se oye, que osa decir: *Yo no obedeceré, yo no serviré.* (JEREM. 2). Y ¿cuál es el sér audaz que levanta contra el Dios fuerte, eterno y omnipotente el estandarte de la rebelion? Es el hombre. ¡El hombre, compuesto vil de todo y de podredumbre; el hombre, sér débil, pobre, miserable, que no vive más que un dia, y que solo vive de prestado! ¡Ved aquí el sér que se atreve á medirse con el Señor! ¡Ved aquí, dice S. Ambrosio, una nada, que toma las armas contra el Sér supremo para igualarse á él! ¡Ved con que insolente orgullo pronuncia contra Dios sus blasfemias! «Soberano Señor del universo, yo sé que tú impones tu ley á toda la naturaleza, y la naturaleza te obedece; mas yo no quiero obedecer! Tú me mandas que honre tu nombre, tres veces santo, que te consagre ciertos dias, que ame á mi prójimo, y que combata mis pasiones; mas yo no le serviré; yo ultrajaré tu nombre, yo profanaré los dias santos, yo odiaré á mi prójimo, yo maldeciré, yo calumniaré, yo seré esclavo de mis pasiones. Es verdad que tú me prometes una eterna felicidad si me humillo bajo tu yugo; que me amenazas con un eterno suplicio si quiero sustraerme á tu autoridad; pero yo me burlo de tus leyes, de tus promesas y de tus amenazas; yo quiero pensar como me parezca, amar lo que se me antoje, hacer lo que quiera y vivir segun mi capricho.» El pecador, por consiguiente, es un rebelde.

Este hombre que ofende á su Dios, está rico de los beneficios de su divino Señor, y cubierto con la sangre que le ha salvado. Por él crió Dios el mundo, por él sacrificó Dios á su propio Hijo. Lo que hay de más horrible en todo esto, es; que este hombre se sirve de los beneficios mismos de Dios para insultarle. Su entendimiento, su corazon, su imaginacion, su ánimo, sus ojos, sus oídos, su lengua, sus piés, sus manos, su cuerpo, todo lo ha recibido de Dios, y de todo se sirve para ultrajar á Dios. El pecador, pues, es un ingrato.

Pecadores, vosotros abandonáis á Dios, que es la fuente de agua viva, y cavais cisternas llenas de grietas, que no pueden retener las aguas; vosotros abandonáis á Dios, que es el principio de todo bien, para correr en pos de las criaturas, que no son más que un vapor, una sombra, un fantasma, un nada. ¿Dónde está vuestra fe, vuestra razon y vuestro buen sentido? Vosotros, pues, sois unos insensatos.

Vosotros pecáis, es decir, contristais el corazón del mejor de los padres, obligáis á Dios á que se aleje de vosotros, para ceder su puesto al demonio. Vosotros os haceis esclavos del demonio, porque, como dice el apóstol S. Pedro, tal es el derecho de la guerra, que el vencido se hace esclavo del vencedor; pues bien, el demonio os ha vencido; por consiguiente, sois esclavos del demonio.

2. Vosotros pecáis, es decir, atraéis sobre vosotros el odio de Dios. No, me decís, esto no es exacto; Dios ama sus obras, *él nada aborrece de cuanto ha hecho*. (SAP. 49.) Eso es cierto; pero Dios no ha hecho el pecado; el pecado es obra de una voluntad contraria á la voluntad de Dios. Dios detesta el pecado; el amor que se tiene á sí mismo es la medida del odio que tiene al pecado; por consiguiente, su odio al pecado es infinito. Pues bien; si Dios odia el pecado con un odio necesario é infinito, odia también al pecador de la misma manera, es decir, no puede dejar de odiarle como pecador. En efecto, el Espíritu Santo nos advierte, que *Dios tiene horror al impio y á la impiedad*. (SAP. XIV, 9.) ¡Qué desgracia, la de ser aborrecido de Dios! Puede haber una suerte más triste ni más funesta?

¡Ser aborrecidos de Dios, cuando tenemos necesidad diariamente de su gracia y de su bendición! ¡Ser aborrecidos de Dios, cuando solo su amor puede abrirnos el cielo! ¡Ser aborrecidos de Dios, que puede perder nuestra alma y nuestro cuerpo por toda la eternidad, y sepultarnos para siempre en el *pozo del abismo*! ¡Oh! No hay duda que vosotros tendreis horror al pecado, huireis de él, y no permitireis que habite en vosotros. *Nosotros seguiremos, direis, el camino de la verdad; nosotros seremos prudentes, porque los preceptos de la ley de Dios estarán perpétuamente ante nuestros ojos. Vuestra palabra, oh Dios mío, es la antorcha que alumbrá mis piés, y la luz que me hace ver los senderos por donde debo caminar. Afirmadme segun vuestra palabra, y hacedme vivir; haced que ninguna injusticia me domine*. (PSALM. 118.)

He dicho que el pecado es una violacion de la ley de Dios, pero una violacion voluntaria. No es culpable de pecado aquel que viola la ley sin quererlo ni saberlo, aquel que lo hace sin advertencia ni conocimiento. Por ejemplo, no es culpable de pecado aquel que, sin

malicia, sin advertencia y sin voluntad, tiene la desgracia de matar á su prójimo. No es culpable de pecado aquel que, por un olvido involuntario ó por ignorancia, viola la ley de la Iglesia, comiendo de carne en un día de abstinencia, porque no hay en el corazón de ese hombre voluntad de ofender á Dios, ni intencion de violar su ley, ni desprecio de sus mandamientos. Por esta razon, ni los enfermos ni los presos pecan por dejar de oír misa los domingos y días de fiesta, supuesto que se hallan legítimamente impedidos. Vosotros sufris tentaciones violentas en vuestro entendimiento, en vuestra imaginacion ó en vuestra carne; vosotros sois acometidos por malos pensamientos y por malos deseos; ¿sois acaso culpables? No lo sois si eso sucede á pesar vuestro, contra vuestra voluntad, y sin que haya sido por culpa vuestra. Pero sois culpables en vuestras tentaciones si os exponéis voluntariamente á las ocasiones de pecar; por ejemplo, si veis tal persona ó tal compañía peligrosa, si leéis malos libros ó si permanecéis en la ociosidad. Vosotros podreis muy bien decir: Yo no pude resistir, yo no era libre... Sin embargo, no debíais haberos expuesto, ni colocado en unas circunstancias en que no podiais ser dueños de vosotros mismos. Así pues, vosotros os haceis criminales delante de Dios cuando haceis cosas contrarias á la ley, ó cuando consentís en ellas directa ó indirectamente en su causa; es decir, cuando poneis una causa mala por su naturaleza, y conoceis, á lo ménos confusamente, los males que de ella pueden resultar con probabilidad. Un hombre se embriaga, previendo, segun su experiencia, que en la embriaguez cometerá grandes pecados: él será responsable de los pecados que cometa, aunque en el momento de cometerlos no se halle en el uso de su razon; él es culpable de los juramentos y blasfemias que profiere, de los insultos y de los ultrajes que hace al prójimo, de los daños que causa y del escándalo que da; todo es voluntario en su causa, todo esto es criminal delante de Dios.

El pecado es la transgresion de la ley de Dios. Y no hablo de las leyes humanas, porque siempre que se viola una ley justa, sea divina ó sea humana, se viola la ley de Dios. *Todo poder procede de Dios*, dice el Apóstol. *Por mí reinan los reyes*, dice el Señor, *y establecen leyes justas*. Todo el que resiste á la autoridad, resiste al mismo Dios, resiste al órden que él ha establecido. Dios ha dado á ciertos hombres el derecho de mandarnos, y violar sus leyes es violar la ley de Dios, y por consiguiente, pecar.

Queriendo la emperatriz Eudoxia librarse de S. Juan Crisóstomo, cuyo celo y cuyas reconvenções temia, le envió ciertas personas de su corte para sondearle y conocer que era lo que más temia. Ellos le

amenazaron primero, con privarle de sus bienes temporales. «Vosotros no podríais darme mayor satisfacción, respondió el Santo, que quitándome una carga tan pesada.—Se os enviará al destierro.—Sería necesario enviarme donde Dios no estuviese.—Se os condenará á la prisión y á la muerte.—; Sea enhorabuena! yo estoy pronto á sufrir todo eso. Decid á la emperatriz, que de todas las cosas del mundo no temo más que una, que es el pecado.» ; Quiera Dios, hermanos míos, que os suceda lo mismo á vosotros! Por muy aflictivas que sean las desgracias de esta vida, no temáis ninguna; todas ellas son nada en comparación del pecado. Padres y madres, enseñad esta gran verdad á vuestros hijos; recordadles con frecuencia que Dios aborrece el pecado, y que no puede sufrir á los que le cometen. Y nosotros mismos, hermanos míos, *huyamos del pecado como de la serpiente más peligrosa*. Nosotros hemos provocado muchas veces la cólera de Dios con nuestras prevaricaciones; procuremos, que todavía es tiempo, aplacarla con nuestro arrepentimiento, á fin de que nos hagamos los hijos de la misericordia, y que podamos sentir sus saludables efectos en la eterna bienaventuranza. Así sea.

PECADO ORIGINAL.

DEMOSTRADO POR LA RAZON.

I.

Fidete, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor natum incredulitatis.

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazón mateado de incredulidad.

(HEBR. III, 42.)

El grande apóstol S. Pablo, lleno de asombro al contemplar las obras de Dios, prorumpió en esta enérgica admiración: ¡oh altura inaccesible de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, que inexcrutables son tus caminos, que incomprensibles tus juicios! Todo

hombre que piensa, que combina, que reflexiona, se ve en la feliz necesidad de hablar de la misma suerte; sea que fije su atención en las maravillas de la naturaleza, sea que la ponga en los prodigios de la gracia, sea que élève su espíritu á los misterios de la gloria. El hombre filósofo toma en su mano una yerba del campo, una flor, una fruta ó un pequeño arbusto, y acercando su vista, mira un jugo uniforme, que subiendo de la tierra y pasando por las raíces y el tronco de aquella planta, forma en una parte una fibra dilatada, en otra un ventrículo redondo y hueco por dentro, para que en él fermenta aquel jugo y pase luego á producir nuevas maravillas; aquí una traquea espiral, que reciba y expela el aire; allí un almacén ó depósito para las semillas que va formando, y en todas las partes de aquel cuerpo unos colores, unas proporciones y unos dibujos, que le pasan. Lleno de admiración se pregunta á sí mismo: ¿las raíces, el tronco, las ramas, las hojas, las flores, los frutos, con todos sus órganos estupendos, estaban encerrados y envueltos en la semilla anterior que produjo esta planta; ¡y aún cuántas se producirán de ella hasta el fin del mundo, no habiéndose ahora hecho otra cosa que desenvolverse ó desarrollarse, ó se han fabricado de nuevo en esta producción? Qué misterio! ¿Qué mano es la que gobierna aquel jugo, que forma una máquina, millones de veces más admirable que la del reloj más fino y complicado? Confuso y aturdido al ver y tocar con todos sus sentidos las maravillas de la naturaleza, que él no comprende ni puede explicar, exclama: confieso que el Omnipotente va mucho más allá que mi entendimiento. Ciertamente no cabe en mi inteligencia el poder de Dios; muchas de sus obras en la naturaleza son para mí arcanos impenetrables: *Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus.*

No de otra suerte, decía Salomón, que era un misterio incomprendible para él la conducta del hombre en su adolescencia. Los sublimes conocimientos de que Dios había adornado su alma, no eran suficientes para entender el uso, que en el camino de su vida haría de su albedrío aquel jóven. El clima de su patria, el influjo de los ejemplos desde su nacimiento, los cuidados de su educación, la fisonomía de su persona, la inclinación de su génio, el carácter de su espíritu, nada de todo le presentaba datos fijos para anunciar con certidumbre el resultado de sus operaciones, su término y su fin. Veía aquel gran rey, y nosotros lo vemos cada día, que unos jóvenes empezaban bien, y acababan mal; otros empezaban mal, y acababan bien; estos eran ignorantes, y se hicieron sabios; aquellos eran instruidos, y murieron fatuos; unos tenían un genio dulce, una condición amable y una conducta virtuosa, y luego se trasformaron en petulantes, ridículos,

soberbios y viciosos; á otros de una inclinacion feroz, de un géneo cruel y un desorden casi universal de costumbres, los vimos humildes, mansos, morigerados y de una heroica virtud. ¿Quién entenderá estos prodigiosos misterios de la divina gracia? *Quam investigabiles vie ejus!*

Si cuanto vea los ojos en la naturaleza es un prodigio, si cuanto reflexiona el entendimiento en las operaciones de la gracia es un misterio; ¿por qué tanta oposicion en los incrédulos para creer el misterio del pecado original? No es su propio cuerpo un prodigio? Su alma misma y la naturaleza entera ¿no son un asombro? Si, ciertamente, responderán. Estas verdades las vemos, las tocamos, las sentimos, no podemos negarlas, aunque no las comprendamos; pero ¿cómo creer que hubo un pecado, que se cometió há más de seis mil años, y decir que se nos ha de imputar y que incurrimos en él, no habiendo existido nosotros sinó tantos siglos despues? Que se nos castigue por nuestras culpas personales, lo exige la razon, la justicia lo pide; pero que por un pecado, en que no tuvimos parte, se nos destierre del cielo, y se nos haga llevar en la tierra una vida corta, miserable, llena de desdichas y miserias, se nos representa la cosa más opuesta á la razon que puede imaginarse. Cualquiera que tenga la menor idea de Dios, creerá ser este el absurdo más injurioso á su justicia y santidad, que hayan cometido los hombres. Al fin si este misterio se nos descifra, si se nos persuade razonablemente, nada nos queda que oponer á las verdades de la Religion cristiana; cedemos á su verdad, detestamos todos nuestros extravios contrarios á su doctrina, la seguiremos y observaremos inviolablemente hasta la muerte.

Ya ois, amados cristianos míos, en lo que quedamos de acuerdo con los incrédulos. ¿Qué felices sois vosotros, que con una fe sencilla prestais un razonable obsequio á las decisiones auténticas de nuestra infalible madre la santa Iglesia! Esta os enseña, que Adán, el primer hombre, el padre de todos los hombres, por no obedecer en el paraíso al mandamiento de Dios, perdió la santidad y justicia en que había sido criado; incurrió en la ira é indignacion de Dios, y quedó sujeto á la muerte del cuerpo y á la condenacion de su alma; que este pecado, aunque cometido personalmente por Adán, nos daña tambien á todos nosotros; que todos incurrimos en él en nuestra concepcion, dimanada de aquel viciado origen; y que ni por las fuerzas de nuestra naturaleza, ni por ningun otro remedio nos podemos ver libres de sus miserias, sinó por los méritos de nuestro redentor Jesucristo, que nos reconcilió con Dios por su pasion y muerte, haciéndose para

nosotros justicia, santificacion y redencion, la que nos comunica por el bautismo debidamente recibido.

Esta es, carísimos, la doctrina pura y sana de nuestra santa madre la Iglesia. Mirad no se halle entre vosotros algun corazon corrompido con la peste de la incredulidad, os diré con el apóstol S. Pablo: *Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.* ¡Dios santo, sábio y omnipotente! haced por vuestra misericordia, que lo mismo que yo creo por la fe, lo persuada por la razon á los incrédulos, y triunfen las luces de la verdad de las tinieblas del error. Os lo pido, Señor, por la intercesion de vuestra madre María santísima: A. M.

1. La razon natural nos dicta que entre dos cosas muy dificiles de entender, estemos por aquella que ménos dificultades envuelva y que podamos más bien comprender. Ciertamente no es ménester más que dejar expedito el uso á la razon, para que esta bella cualidad de nuestra alma se incline á aquella parte que ve más perceptible y más clara. No sucede en los misterios de la fe lo mismo que en los de la razon: en aquéllos es la autoridad divina á quien cedemos, sean más ó ménos comprensibles los dogmas revelados; en ésta la mayor ó menor claridad del objeto, que á fuerza de las averiguaciones naturales se busca, llama la razon, la persuade y la decide á tomar partido. En vista de estas verdades, yo pretendo persuadir por razon á los incrédulos, que el hombre, sin la creencia del pecado original, es un sér infinitamente más incomprendible que el hombre mismo, cuando confiesa este misterio.

Preséntate á mi, hombre racional, y respóndeme de buena fe: ¿quién eres y cuáles son tus pensamientos? Yo, me dices, convenido hasta la evidencia por la experiencia de cada hora, y aún de todos los instantes, yo soy un sér espiritual, pues pienso y tengo ideas tan altas y sublimes, que parecen un sér divino; yo soy tambien un sér material tan débil y miserable, que las mismas bestias me exceden en la felicidad natural. Yo pongo en ejercicio mi entendimiento, y rodeando mentalmente toda la tierra, mido su diámetro y circunferencia; calculo la profundidad y extension de los mares, y el origen de sus flujos y reflujos; numero sus islas, averiguo sus longitudes, examino sus producciones; y penetrando por los bosques y los peñascos, descubro sus metales, hago correr las fuentes de las aguas, demuestro el origen de los rios, describo sus tortuosos giros hasta los mares, examino los volcanes, y señalo el tiempo de las trasmigraciones de los peces y las aves; pruebo los sabores de las carnes, me aprovecho de

la virtud de los árboles, de las raíces, de las plantas y de las flores; como los animales, camino sobre las olas y las borrascas en palacios soberbios formados de frágiles leños; imito los truenos, los relampagos y los rayos; peso los vientos y vuelo seguro por sus inmensos espacios, sirviendo á mis vastos designios todos los elementos. Yo, adornado de un dominio tan universal y asombroso, nazco desnudo y llorando, y vivo mucho tiempo sin saber hablar, sin saber comer, andar, vestirme ni defenderme, llevándome en todo esto ventajas conocidas las aves del aire, los peces del mar, los animales de la tierra, las sabandijas y los insectos más despreciables. ¡Dios inmortal! ¿quién soy yo?

Yo veo en mi alma unas ideas claras del bien y del mal moral: conozco naturalmente que robar el bien ajeno, faltar al contrato justo, mentir y engañar al prójimo; herir sin causa á mis semejantes, oprimir al inocente, abusar de la buena fe de los sencillos, y otras cosas á este modo; mi corazón las condena como feas, deseando no hacer á los prójimos lo que yo no quisiera que hicieran conmigo; y conducido de estos rectos principios, establezco leyes, formo reglamentos y escribo ordenaciones en que brilla la equidad, la justicia, la veracidad, que mantienen el orden y buena armonía del universo, la obediencia á las autoridades, la piedad con los padres, la misericordia con los necesitados, la fidelidad en los contratos, la frugalidad en los convites, la moderación y decencia en las diversiones, la honestidad en las palabras, la modestia en los vestidos, y la rectitud en las intenciones y las obras. Yo, al mismo tiempo que presento el modelo de las virtudes más heroicas, experimento las más viciosas inclinaciones, y rindiéndome voluntariamente á sus impulsos, soy un monstruo horrible de todos los desórdenes y pecados. Abusando torpe y feamente del poder, desprecio todas las leyes, atropello todas mis obligaciones, aflijo á los inocentes, engaño á los incantos, robo los bienes del prójimo, ensucio la pureza de los tálamos, aborrezco á mis semejantes, y sorprendiéndolos en los caminos ó en la tranquilidad de sus casas, sacrifico sus caudales y sus vidas al ídolo insaciable de mi codicia. La ambición me saca fuera de mí mismo, y agavillando las gentes y formando ejércitos innumerables, sujeto á la injusticia de mi espada los pueblos, las provincias y los reinos, despues de haberlos cubierto de cadáveres y regado con la sangre de los hombres. La incontinencia me ciega y me precipita para que no me reporte, ni aún mire ni respete los vinculos del parentesco, las leyes de la amistad, los derechos de la naturaleza y lo sagrado de la Religion. La envidia, mordiéndome rabiosamente las entrañas, convierte en vene-

na los confecciones de los méritos ajenos, sus prosperidades y sus virtudes. La gula, destemplándome la armonía de los humores naturales, me grava con enfermedades, disminuye mis haciendas, roba mi reputacion y embrutece mi alma. ¡Sér eterno! ¿quién soy yo?

Yo escucho las lecciones que me dicta la razon, y ella, por una série nunca interrumpida de generaciones en los vejetales, en los sensitivos y en los racionales, me lleva insensiblemente á la demostracion de un primer Sér increado, eterno, omnipotente, sábio, justo y santo. Por más que yo pretenda cerrar los ojos para no ver esta verdad, yo la miro dentro de mi alma, y allí conozco ser del todo preciso qué sea increado el que crió todas las cosas; que sea eterno el que es increado y no procede de otro; que sea omnipotente el que de la nada formó esta hermosa é inmensa máquina de los cielos y la tierra, con cuantas criaturas en ellos se contienen; que sea infinitamente sábio quien ideó tantas perfecciones en cada uno de los innumerables seres que pueblan el universo; que sea un solo santo, un solo Dios justo, un solo señor perfectísimo en toda clase de perfecciones, amante de lo bueno, castigador de lo malo, inmenso sin extension, grande sin cantidad, sábio sin fatiga y rico sin pena. Mi razon me habla, y dice: que á este solo Dios debo adorar en espíritu y verdad; que debo amarle, porque es bueno; creerle, porque es verdadero; esperar en sus piedades, porque es misericordioso; temerle, porque es justo; y obedecerle, porque es nuestro criador, nuestro redentor, nuestro legislador, nuestro maestro y nuestro rey. Mi razon me habla; pero yo la desatiendo; y cuando otros guiados por la razon adoran á un Dios solo, yo adoro á cientos, á millares de dioses, que formo en mi loca y destemplada fantasia. Pero ¿qué dioses? De piedra, de madera, de plata, bronce, cobre y oro; que tienen ojos y no ven, manos y no mueven, piés y no andan, oídos y no oyen, boca y no hablan; obras de hombres, en que el arte representa bien ó mal las obras de la naturaleza. ¿Qué dioses? ¡Oh pobre razon humana! ¡avergüénzate, llénate de confusion y horror al mirar tus extraviós! Figuras de serpientes, dragones, vacas, cocodrilos, monstruos espantosos á la vista y al oido; ó bien plantas y hortalizas de los campos y los huertos. ¿Qué dioses? Crueles unos, torpísimos otros, abominables y viciosos todos. ¡Gran Dios! ¿quién es el hombre, pues te conoce y te ignora? ¿te alaba y vitupera? ¿te sirve y te ofende? ¿Sábio é ignorante? ¿rico y pobre? ¿poderoso y débil? ¿lleno de imperfecciones y de virtudes?

Aparezcan en mi presencia todos los sábios y todos los incrédulos más instruidos, y explíquenme este misterio sin el pecado original. ¿Le faltó á Dios poder para formar al hombre perfecto? Nó: él es omni-

potente. ¿Salió de la mano del sapientísimo artífice Dios una obra tan desconcertada? No: á Dios no le falta sabiduría para sacar sus obras perfectísimas. Mírense los cielos, los astros, los vientos, la tierra, las aves, los peces, los animales; mírense los árboles, las yerbas, los metales; tómese en la mano el insecto más despreciable que va arrastrando por la tierra, cuyo cuerpo es casi invisible por su pequeñez; examínese, considérese, y se hallará una sabiduría infinita que presidió á su formación. Venid y ved las obras del Señor; todas las crió en número, peso y medida; todas son acabadas, todas perfectas; todas sábia y poderosamente ejecutadas. ¿Pues cómo el hombre solo, este hombre criado para presidir á las aves del cielo, á los peces del mar, á los animales de la tierra; este hombre, á quien sirven los elementos, los astros del cielo y los mismos ángeles; este hombre, que es la obra más grande entre todas las criaturas, la más amada, la más privilegiada, la más costosamente reparada y redimida; este hombre, en fin, criado á imagen y semejanza de Dios, cómo es tan miserable? ¿cómo, cuando levanta su entendimiento al cielo, se halla, sin saber como, con su imaginación en el abismo? ¿cómo, cuando piensa en su Criador, se le representan las criaturas? ¿cómo experimenta tanta inclinación al mal, y tan grande repugnancia para obrar el bien? ¿cómo tanto ímpetu en sus pasiones, tanto desórden en sus apetitos? ¿cómo tanta grandeza en tanta pequeñez? tanta degradación en tanta majestad? tanto poder en tanta debilidad? Si esta admirable máquina, formada por el sapientísimo y omnipotente Dios, no experimentó alguna caída, algun desórden ó vicio universal despues que salió de las manos de su Hacedor, nada hay para el hombre más incomprensible que el hombre mismo; nada que más se resista y repugne á las justas ideas que debemos formar de la bondad, de la sabiduría y omnipotencia de Dios; pero toda esta incomprensibilidad desaparece, y todo se hace fácil de entender confesando el pecado original. En diciendo que Adán pecó, y que en él pecamos todos, y que este actual estado de la naturaleza corrompida no es el que sacó de las manos de Dios, sino el que contrajo por la prevaricación del primer hombre; y todo queda llano y perceptible: el misterio se descubre, las dificultades desaparecen, la verdad se toca y la razón se aquieta. Hagamos todavía esto más sensible con un símil bien sencillo y no ménos significativo: supongamos que los más célebres relojeros trabajan con empeño el reloj más exquisito, eligen los mejores materiales, se toman todo el tiempo que les parece, aplican toda su inteligencia y cuidados, y al fin presentan su obra, superior en hermosura y perfección á cuantas en otros tiempos habian trabajado.

Entrégansela con cuidado al conductor, para que la ponga en manos de un rey que la habia mandado hacer con todo esmero. Recibela el soberano, y al registrarla encuentra destornillada la máquina, rota la cuerda, sin elasticidad el muelle real, paradas las ruedas y todo el reloj necesitado de un reparo muy considerable. Admirado el rey pregunta: ¿qué es esto? no es posible que esta máquina haya salido de esta manera de la mano del maestro; algun golpe ha llevado en el camino; tú le has dejado caer: dime con verdad qué ha sucedido? Señor, responde el conductor afligido, todo lo que V. M. dice es cierto: yo por ver una obra tan hermosa, la saqué un día de la caja en que venia, y cayéndoseme sobre una piedra, se desconcertó más de lo que yo podia pensar; y ahora veo que me ha costado muy cara mi curiosidad. Ya lo decia yo, replica el rey; no podia ménos de haber sucedido así, porque el artífice es muy diestro; él ha hecho otras obras muy preciosas; él por encargo mio habia puesto todos sus cuidados en ésta: ciertamente hubiera sido un misterio incomprensible haberla errada, cuando en todas las demás ha mostrado el mayor primor. La caída es cierta, el golpe es innegable; pero por haber confesado con franqueza la verdad, yo te perdono. Aplicad, incrédulos instruidos, este símil á nuestro caso, y espero que vuestro entendimiento le graduará de una como demostración del pecado original, dada por la razon natural.

2. No somos tan rebeldes á la luz, dirán ya los incrédulos de buena fe, que si se nos presenta, cerremos los ojos con obstinación por no verla. Confesamos con ingenuidad que no habiamos considerado bastante bien la naturaleza del hombre, ni habiamos creído que se pudiese probar por pura razon natural el pecado original y su funesta propagación en todo el género humano; pero ahora que la razon nos dicta ser más conforme creer un misterio ménos incomprensible, que otro infinitamente más impenetrable, como el hombre sin la confesión del pecado original es una criatura del todo incomprensible, y confesando aquel pecado, ya su naturaleza no envuelve dificultades impenetrables; nos vemos obligados á reconocer las verdades que convencen al entendimiento. Vemos con efecto que el hombre salió perfecto de las manos del Criador; comprendemos que dió una fatal caída, que desconcertó su armonía y la delicadeza de su admirable construcción, y al fin entendemos que necesitó de una grande reparación. Pero, aunque confesemos el pecado original y la corrupción de la humana naturaleza, dimanada de aquel viciado principio, se nos resiste mucho la gravedad de su pena. No tenemos por digno de la bondad de un Dios, infinitamente misericordioso y

clemente, el castigarnos con miserias temporales en la vida por aquel pecado, y en la muerte privarnos eternamente de la gloria y de la vista y posesion de Dios. Que todo esto recayera sobre el primer culpado, aún nos parecería duro; mas, al fin, lo concederíamos como castigo aplicado por su desobediencia personal; pero que nosotros, que hemos venido al mundo seis mil años despues, experimentemos el mismo castigo por una desdicha hereditaria que de tan léjos nos viene, repugna á la santidad, á la bondad y clemencia de Dios, y no sabemos que otro absurdo le pueda ser más repugnante.

¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Dios de toda consolacion, que se ha dignado consolarnos en el feliz viaje que vamos llevando por un país tan áspero y difícil! Esperemos en su misericordia que le concluiremos con no menor felicidad. Nada más justo, dice la razon, que el que al hombre se le dió lo que naturalmente le corresponde; pero el darle más de lo que á su naturaleza pertenece, es una pura gracia del Criador. ¡Verdad luminosa! Dios no tenia obligacion, cuando crió al hombre, de darle la gracia divina, la gloria eterna y los demás dones sobrenaturales. Basta conocer que ellos son sobrenaturales para confesar, que no son debidos á la humana naturaleza, sinó superiores á ella. El conocimiento natural de Dios es debido al hombre racional; pero la posesion de Dios en su eterna bienaventuranza, alcanzada por la sobrenatural que obra por la caridad, es un don gracioso de la bondad y misericordia de Dios. Ninguna injusticia puede hacernos su divina Majestad, porque es un sér infinitamente perfecto, y ningun agravio nos haria en negarnos lo que no nos corresponde. Un soldado tiene derecho á pretender la paga de su prest, sirviendo fielmente; pero no le tiene para exigir que se le haga coronel, mariscal de campo ó general. Estos son unos principios tan sencillos como claros, verdaderos, conocidos y confesados de todos.

Pues ahora, carísimos, escuchadme: la naturaleza del hombre podemos considerarla en cuatro estados; en el de la naturaleza pura, en el de la naturaleza en su integridad, en el de la naturaleza en su corrupcion, y en el de la naturaleza en su reparacion. En el primer estado, vosotros conocéis muy bien que no tenia ni podia tener derecho á la gloria eterna ni á ningun otro beneficio sobrenatural. El segundo estado es en el que fué criado Adan y adornado gratuitamente por Dios con la fe, la esperanza, la caridad, la inocencia, la gracia y otros dones sobrenaturales, siendo muy particular entre ellos la herencia de la gloria. Todos estos bienes fueron una pura gracia del Señor; fueron un efecto de su bondad y magnificencia, con que

adornó al hombre, y le puso en un estado feliz, dichoso y santo. Pero esta bienaventuranza temporal que el hombre gozaba en el segundo estado de la naturaleza perfecta, y la eterna que se le prometió, no era absoluta, sinó condicionada; esto es, pendiente de su obediencia y sus méritos. Impúsole un precepto muy suave, y sin embargo, Adan desobedeció á Dios, quien sin la menor injusticia le pudo desde aquel instante arrojar á los infiernos, como á los ángeles rebeldes. No lo hizo por un efecto de su misericordia, antes le llamó á penitencia, le esperó á penitencia, y le reconcilió consigo por medio de la santa penitencia. Pero esta fué una pura gracia de su misericordia, y la justicia declaró desde aquel momento al hombre delincuente y sujeto á la muerte, en que incurrió por su pecado, y á las demás miserias, que desgraciadamente experimentamos: desde aquel momento se cerró para los hombres el cielo y se les privó de la vista clara de Dios, como de unos beneficios indebidos, por no haberlos querido alcanzar con la observancia de los preceptos del Señor, que era la condicion que el mismo Dios le habia puesto. Este es el tercer estado, que llamamos ántes de la naturaleza corrompida por la primera culpa; y el cuarto estado, finalmente, es el de la naturaleza reparada por la vida, pasion y muerte de nuestro redentor Jesucristo, que fundó su Iglesia, instituyó los santos Sacramentos, abrió las puertas del cielo y entró triunfante del infierno, de la muerte y del pecado en su bienaventuranza, la que nos agenció con sus méritos y nos prometió á los cristianos por herencia, mediante la observancia de su santa é inmaculada ley. ¿Hay en este bello cuadro alguna pincelada que á la razon repugne, y que ella no comprenda y alcance? ¿Qué cosa más razonable ni más justa que castigar al delincuente, perdonar al arrepenrido y premiar al virtuoso? Todo lo vemos en lo que acabamos de decir.

No podemos, responden los incrédulos, negar las verdades conocidas: ellas respecto de Adan forman una demostracion la más equitativa y razonable; pero ¿sus hijos? ¡Ay! esto destempla toda la armonía de nuestra razon, y se nos resiste imponderablemente. ¿Qué culpa tuvieron sus hijos?—Vamos poco á poco y sentando bien el paso, porque el asunto lo merece.

Los hijos, desde que nacen, tienen el derecho de sus padres, esto es, á los bienes que tenian sus padres cuando ellos nacieron, y á los que despues fueron adquiriendo justamente, mientras vivieron; mas no tienen derecho alguno á los bienes, haciendas, privilegios y exenciones que gozaron sus padres anteriormente, y de que fueron despojados legitima y legalmente por justa, equitativa y razonable sentencia de su propio juez. Adan, en el estado feliz de la inocencia, en que tan privi-

legiado fué, no tuvo hijos; cuando los tuvo, fué cuando se hallaba justamente castigado por Dios con la merecida pena de su pecado. Luego los hijos no tuvieron, ni tenemos otro derecho que á la herencia de Adán en el estado de pecador, pobre, mortal, miserable y desterrado del cielo. Ningun agravio se nos hace en negarnos lo que no se nos debe; y si conseguimos el cielo, es por la gracia de Dios, que se nos da por nuestro Señor Jesucristo. Supongamos que un gran príncipe elige un jóven hermoso para privado suyo, le ennoblece, le da riquezas, le colma de honores y le llena de privilegios y dignidades: supongamos que aquel jóven goza por algunos años de tanta felicidad; pero al fin, ingrato á su bienhechor, se entrega á los desórdenes más feos, mancha su reputacion, arruina la robustez de su cuerpo y envilece su alma: irritado el soberano, le llama, le reprende, le castiga y le destierra de su corte y de su presencia, sin empleos, sin caudales y sin reputacion. Desterrado el miserable, se casa, le nacen muchos hijos, cuéntales con lágrimas inconsolables su antigua felicidad y los desórdenes por que justamente la perdió; pero él los ve débiles y enfermos, porque nacieron de un padre enfermo; los ve pobres, porque nacieron de un pobre; los ve desterrados, porque nacieron de un desterrado: preguntó á los incrédulos; ¿á qué herencia tienen derecho los hijos? Si el rey quisiera, bien podría alzar el destierro, llevar sus hijos á la corte y darles mayores dones y privilegios que tuvo su padre en algun tiempo; pero esto seria una pura gracia, una grande misericordia y un efecto extraordinario de la bondad del soberano; pero exigirlo de justicia; pero quejarse porque el soberano no lo hiciese; ¿con qué razon, señores incrédulos? Que se quejarian, si el rey les mandara sacar los ojos ó atenacear vivos por un pecado que ellos no habian cometido, sinó su padre ántes que ellos existieran, está muy puesto en razon; pero ¿en qué razon cabe, que se persuadan ser una injusticia privarles de lo que ningun derecho tienen á poseer?

Demos, hermanos míos, eterna alabanza, gloria y bendicion á Dios nuestro Señor, que envió á su santa Iglesia el espíritu de verdad que la enseña, la rige y la gobierna. ¡Oh verdad venerable, verdad hermosa, qué amable eres á los que te buscan con recto corazon! Tú experimentas combates de parte de los hombres partidarios del error; pero al fin triunfas de todos. Quien te busca, halla á Dios, que es la verdad; quien te sigue, va en compañía de Dios, que es el camino de la verdad, y quien observa tus preceptos, vive felizmente en Dios, que es la vida de la verdad. A Dios pues, trino en personas y uno en esencia, demos sempiterno honor, culto, bendicion, reverencia y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

PECADO ORIGINAL.

(ESTADO DEL HOMBRE ANTES DEL)

II.

Factamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.

Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.

(GEN. 1. 26.)

Nada hay más digno de nuestra atencion, que nosotros mismos: y al considerar que todo ese universo visible ha sido puesto á nuestro alcance para nuestro provecho; al considerar que este mundo que habitamos ha sido criado en utilidad nuestra, nuestro corazon palpita de entusiasmo y nuestra alma se siente arrebatada á salir de esta cárcel que la aprisiona y á buscar fuera de sí la razón de su ser y de su destinacion. Y en efecto; al reflexionar los prodigios que llevamos dentro de nosotros mismos, sin hacer tal vez la atencion debida á lo que de por sí nos revelan, se ve con la mayor evidencia que nada hay de más admirable que su conjunto, que son una prueba siempre viva y perenne de la sabiduria, del poder, de la bondad de Dios, un monumento en fin continuamente subsistente de su gloria. Nada hay pues tan importante para nosotros, amados míos en el Señor, como conocer bien nuestra naturaleza y estado, pues que este conocimiento nos conduce naturalmente al de nuestro último fin, al de nuestros deberes.

Mas ¿de quién podremos aprenderlo nosotros sinó del mismo que nos ha formado tal como somos, y que solo él ha podido descubrirnos el designio que tuvo al formarnos? De Dios mismo, pues, y de su palabra, esto es, de las sagradas Letras aprenderemos y conoceremos la creacion del hombre, y el feliz estado en que fué criado, así como la desgracia que le cupo en caer por el pecado; á fin de que el conocimiento de la enfermedad nos conduzca al del Médico, al del Remedio; esto es, al conocimiento de Jesucristo y de su gracia: En esto consiste toda la ciencia de la Religion y de la Fe: en conocer dos